

Virtudes cívicas, identidad y cultura política en México, de Marco Cortés

Víctor Alejandro Espinoza Valle ♦

Se trata de un libro fundamental para comprender el proceso de cambio social en México. Los aportes del trabajo son incuestionables. En primer lugar, incorpora material original, producto de dos encuestas nacionales (Encuesta Nacional de Valores, Moralidad y Cultura Política 1998, y la primera Encuesta Nacional de Cultura Política y Prácticas Ciudadanas 2001, de la Secretaría de Gobernación) y la Mundial de Valores (1981, 1990, 1996/7, 2000); y parte de una revisión exhaustiva de la bibliografía sobre el tema. Sin duda el espejo del trabajo es el libro de Gabriel Almond y Sydney Verba *La cultura cívica*, publicado en español en 1973. Su estilo de presentación es ágil y denota el oficio de investigación adquirido en años de trabajo.

Algo que no es muy usual en los trabajos de este tipo es lograr un equilibrio en su presentación, logrando resolver la tensión que genera manejar datos duros y su análisis teórico; generalmente lo que encontramos son verdaderos saltos mortales entre el marco teórico y las fuentes primarias; el trabajo está escrito como un libro integrado que combina perfectamente ambos niveles de análisis.

Estamos ante la presencia de un libro de ideas que nos es útil para dar cuenta de los cambios profundos

Cortés Guardado, Marco Antonio, *Virtudes cívicas, identidad y cultura política en México*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005, 336 pp.

♦ Investigador de El Colegio de la Frontera Norte. Director de la revista *Frontera Norte*.

de la sociedad mexicana en términos de la cultura cívica y política. Se trata de un esfuerzo multidisciplinar hecho por un solo hombre. Así lo explica el autor:

A lo largo de la obra traté de enlazar también conceptos y no sólo datos, lo que supone encontrar vínculos de unión entre campos conceptuales y disciplinares diferentes. Me he querido mover con soltura desde la psicología a la filosofía, y de ésta a la política y el análisis cultural. Esto le puede restar rigor conceptual al libro, pero a cambio se obtiene la ventaja de poder ampliar, por así decirlo, el campo de observación (p. 290).

Considero que en algún apartado debió de haberse explicitado la ficha técnica de la Encuesta Nacional de Valores, Moralidad y Cultura Política, de su autoría. No se sabe cuál fue la muestra y qué representatividad alcanza. Lo mismo sería recomendable para la Encuesta Mundial de Valores, que el autor utiliza como segunda fuente de información; no todos los lectores las conocen. Además, preguntaría: ¿Cómo hubieran cambiado los resultados si los datos se hubieran cruzado con las variables de sexo (género) y estatus social? ¿Por qué se tomaron los datos agregados, sin distinciones sociales o regionales?

Sin ánimo de presentar una síntesis, a continuación me detengo en algunas reflexiones puntuales que surgen de la lectura. En el capítulo primero (“Ciudadanía y moral cívica a debate”), dice Marco Antonio Cortés:

Es claro que el primado del ciudadano se ve contrariado, o al menos alterado, por la existencia de distintos fenómenos de intermediación política. En México tenemos un ejemplo sumamente ilustrativo en el creciente rol protagónico que han adquirido los partidos en la arena política, y en las tendencias concomitantes que apuntan hacia la conformación de una especie de partidocracia (p. 18).

Creo que pudiera explorarse también la interpretación de que una de las presiones más fuertes hacia el sistema de partidos proviene de la llamada sociedad civil. Por muchos años tuvimos un sistema de partido hegemónico que impedía la institucionalización de los partidos políticos; apenas conocemos lo que es la existencia de verdaderos partidos y ya son cuestionados por quien cree que un sistema democrático puede prescindir de la representación política.

En el capítulo 2 (“Marco analítico”), el autor señala: “El Programa Nacional de Solidaridad, un programa de combate a la pobreza, fue diseñado justamente para promover la participación social y encauzarla por cauces no corporativos” (p. 52). Creo que se trató de un nuevo tipo de relación clientelar que ensayó el gobierno de Carlos Salinas de Gortari, pero que conducía la participación social hacia metas muy concretas y cuyo diseño obedecía en gran medida al control de la demanda social. Se trataba, tal vez, de un “corporativismo” al margen del partido oficial.

En el capítulo 3 (“Estatus de ciudadanía”), desarrolla el cimiento de la ciudadanía, al definir los derechos civiles, sociales y políticos, como el elemento institucional del estatus de ciudadanía (p. 79). De manera sintética:

En México se ha dado una sucesión en cierto modo atípica: aunque en el inicio los primeros en promulgarse constitucionalmente fueron los derechos civiles, mediante la constitución de 1857, el énfasis se ha puesto, a partir de la carta magna de 1917, en los derechos sociales. Esto dio pie a que se restringieran los derechos políticos y, cerrando el círculo, se constriñeran los derechos civiles, sin una pérdida peligrosa de la legitimidad del orden político, cuando menos hasta la segunda mitad de los años sesenta (p. 90).

Respecto a la segunda parte del libro, el autor la sintetiza de la siguiente manera:

Me interesa destacar cuatro tipos de virtudes o competencias cívicas: eficacia política, competencia judicial, tolerancia y confianza interpersonal. La primera tiene que ver con la relación de los ciudadanos con su gobierno y sus representantes políticos. La segunda los conecta con un ámbito más amplio, que comprende tanto al gobierno como a la esfera pública y las relaciones entre ciudadanos. La tercera y la cuarta remiten a la calidad de la convivencia entre ciudadanos. Su combinación es lo que hace ciudadanos capaces de practicar la democracia de manera habitual, es decir, de ejercerla como parte de su carácter moral individual. Me parece, por lo mismo, que el análisis de estas cuatro competencias nos puede proporcionar una imagen gráfica, si bien no exhaustiva, indicativa del grado de maduración cívica de los mexicanos en los campos de interacción señalados (p. 124).

En el capítulo 4 (“Competencia política”) hay una aseveración que parece cuestionaría la validez de las encuestas utilizadas. De hecho, pudiera ser una crítica profunda a la viabilidad del uso de encuestas para ahondar en el conocimiento de la cultura política: utilizando los datos de la Encuesta Nacional de Cultura Política y Prácticas Ciudadanas de la Secretaría de Gobernación de 2002, sostiene que 71.6% de los entrevistados respondió que no daría mordida para acelerar un trámite y además, “un porcentaje similar (73%) responde que el soborno ‘nunca se justifica’, de acuerdo con resultados de la Encuesta Mundial de Valores del año 2000”. Y afirma; “Pero si esta fuera la pauta real de la conducta de los mexicanos, la mordida no seguiría siendo uno de los rasgos más distintivos de su relación con la autoridad pública” (p. 140).

En el capítulo 8 (“Participación y enrolamiento cívicos”), siguiendo a Ronald Inglehart, sostiene:

De un modelo de participación “dirigido por élites”, con el voto como principal modo de intervención ciudadana en la política, estaríamos transitando hacia una forma de participación vinculada a “la movilización

cognitiva”, es decir, a la creciente capacidad de los ciudadanos para entender y reflexionar más sobre las cuestiones del poder, gracias, principalmente, a la creciente escolaridad (p. 206).

De la mano de esta idea se podría desarrollar las tesis del asociacionismo privado. En la reflexión anterior se contiene una de las variables explicativas de lo que desarrolla en los dos capítulos siguientes: identidad moral e identidad política; me refiero a la variable escolaridad.

En ese mismo capítulo 8, pudo haberse ponderado el papel de la participación electoral en procesos locales. La concurrencia en elecciones federales suele ser mayor que en las locales; justo sería introducir estos datos, que por lo demás el autor conoce de primera mano.

Considero que los hallazgos presentados en el capítulo 9 (“Identidad moral”) son de lo más sugerente. La distinción entre religión y religiosidad resulta de suma utilidad para comprender la cultura cívica. El autor dice: “La conclusión es simple: dios es más importante que la religión en la vida personal de los mexicanos [...] (p. 237) [Hay] una pérdida del monopolio de dios por parte de la iglesia”. Sin embargo, creo que el no desarrollar las diferencias entre las iglesias y sus significados en términos de valores puede llevar a pensar que lo que es válido para la iglesia católica lo es también para el resto. Considero que un gran mérito del libro es que se adelanta a la polémica actual entre iglesias y proselitismo político. Dice el autor:

La creciente ingerencia de los ministros de culto en los asuntos del César puede estar mostrando algo más profundo, una realidad distinta al mero afán de poder del clero católico o de otra denominación, algo que las leyes actuales en materia religiosa inhiben y, a final de cuentas, distorsionan. Las iglesias no deben ser foros políticos, porque la generalidad de los mexicanos no cree conveniente que la iglesia intervenga

directamente en política, pero si debieran convertirse en centros de convivencia cívica al mismo tiempo que religiosa.

Una de las cuestiones más relevantes en este apartado es que, a pesar de todo, sigue siendo válida la interpretación marxista de la religión, en este caso específico, de la religiosidad como el “opio del pueblo”. La religiosidad va en sentido contrario al fortalecimiento de la conciencia ciudadana: “A mayor religiosidad, menor es la probabilidad de que los mexicanos desarrollen sentimientos de capacidad para influir en las decisiones políticas y se orienten mejor en su papel de súbditos” (p. 244). Va en sentido contrario de la tolerancia, de la “capacidad de los ciudadanos del país para alcanzar el nivel cívico-ético del razonamiento judicial” y de la participación política. Pero el autor nos ayuda a matizar:

La religiosidad incita a la participación cívica pero no en todas las facetas de esta disposición ciudadana: produce sentimientos menos favorables para interesarse y hablar de política que para solidarizarse con determinadas categorías de personas y enrolarse en ciertas actividades sociales. Si no es hostil a la participación política, sí aleja a una parte de los mexicanos de ella, hasta cierto grado (p. 249).

En el capítulo 10 (“Identidad política”) introduce el tema de lo local y lo nacional a propósito del apartado sobre “patriotismo”. Dice el autor: “Si no interpreto mal, los mexicanos reparten su lealtad entre la localidad y el país, los focos principales de pertenencia. Pero la tendencia sigue un curso predecible; cada vez son menos locales y cada vez más nacionales sus lazos de pertenencia” (p. 272). “La pertenencia nacional ha venido creciendo con la democratización del sistema político” (p. 272). Lo que no aparece y enriquecería notablemente el trabajo hubiera sido tomar a lo local y regional como una variable de control, es decir, preguntarse

en qué medida la cultura cívica está determinada por las diversidades regionales o si éstas no la influyen (por ejemplo, ser bajacaliforniano, norteco, costero o sinaloense).

Su optimismo se refleja claramente:

Por consecuencia, podemos establecer la existencia de un síndrome cultural democrático que articula distintas dimensiones de la personalidad política, y que ya se encuentra bien arraigado en un sector amplio de la ciudadanía mexicana. Se trata de un segmento de la población al que podríamos denominar la clase cívica del país (Salvador Giner), que comprende un núcleo duro con altas calificaciones democráticas, en general. Sería interesante establecer, con la mayor precisión posible, el tamaño de la clase cívica mexicana, lo que permitiría sacar conclusiones más firmes sobre los probables escenarios en la evolución de la democracia mexicana (pp. 277-78).

Un penúltimo apunte. Dice el autor: “Los mexicanos se desplazaron hacia el centro con el proceso de liberalización política y se mantuvieron en él durante el periodo que consolidó la transición a la democracia” (p. 285). Justamente parece ser una de las características y paradojas de la democratización; mismo que se refleja en el sistema de representación: como bien lo señaló Adam Przeworsky, los partidos políticos se parecen cada vez más entre ellos porque incluyen en sus interpelaciones reivindicaciones del centro o interclasistas; no hacerlo así los llevaría a perder las elecciones. Todos se disputan el centro; pero ello está conduciendo a la falta de credibilidad y al abstencionismo: para el ciudadano de a pie todos los partidos son lo mismo.

Finalmente, los resultados del trabajo muestran que en materia de cultura política los fenómenos más que paradójicos son contradictorios; a la manera de como fue nuestra transición: somos liberales pero conservadores, moderados pero radicales, tolerantes pero intolerantes, “competentes políticamente pero desconfiados en sus relaciones con sus

conciudadanos”, el mexicano “tiende hacia una mentalidad cerrada” pero cada vez más conectado con el mundo exterior, de “elevada proclividad hacia la política” pero “con rasgos propios de una personalidad autoritaria”. “Los mexicanos combinan su individualismo con un sentido de responsabilidad colectiva, en un síndrome cultural que es distinto al que predomina en los países anglosajones”. En fin, el ornitorrinco es el animal que nos identifica. ☺